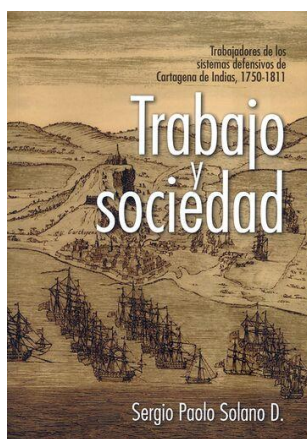




Revista de Indias, 85 (293)

enero-abril 2025, 1801

ISSN-L: 0034-8341, eISSN: 1988-3188

<https://doi.org/10.3989/revindias.2025.1801>

Solano de las Aguas, Sergio Paolo. 2024. *Trabajo y Sociedad. Trabajadores de los sistemas defensivos de Cartagena de Indias (1750-1811)*. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. 617 pp.

Andrés David Muñoz Cogarí

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-5961-0888>

andamuco@gmail.com

El libro que tengo el gusto de reseñar reproduce en su portada una escena del sitio de Cartagena de 1741, basado en la obra del pintor e ilustrador francés avecindado en Londres, Hubert-François Gravelot. A sabiendas de que la periodización de esta historia tiene como punto de partida el muy convencional año de 1750, pienso que la narración del profesor Sergio Solano bien hubiese podido comenzar nueve años antes, cuando la flota de la Real Armada Británica, ansiosa por consolidar su situación hegemónica en el comercio atlántico, no pudo replicar su éxito en Portobelo y fracasó en la toma de Cartagena de Indias, ciudad-puerto en el Caribe español que había prosperado a la sombra del ya por entonces decadente tráfico de africanos esclavizados. El sitio de Cartagena, una de las principales plazas fuertes del “lago de piedras” que era el Caribe fortificado, terminó marcando de forma perenne el devenir social y laboral del puerto, pues una vez instaurado por segunda y última vez el virreinato del Nuevo Reino de Granada, los borbones se preocuparon seriamente por la defensa efectiva de ese rincón del Imperio, más allá de los pesares fiscales que tal empresa pudiese suscitar.

La economía cartagenera estuvo ligada a partir de entonces, directa o tangencialmente, a los trabajos en las fortificaciones y en el escasamente estudiado apostadero de la marina, lugar donde se construían, mantenían y reparaban diversos tipos de navíos. La guerra y sus dinámicas se constituyeron en el primer empleador de las clases populares de la ciudad. El auge de los trabajos en el sistema defensivo de la ciudad (1770-1800 aprox.), así como el pequeño comercio y la producción artesanal con base en aquella demanda bélica, dinamizó la economía popular de un modo que jamás volvería a experimentarse, al menos durante estos dos primeros siglos republicanos.

Trabajo y sociedad es producto de la publicación, por parte de la Universidad del Rosario, de la tesis doctoral realizada por Sergio Solano en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (México). En este vastísimo volumen, cercano a las seiscientas páginas, compuesto por nueve capítulos y apoyado en más de cuarenta tablas y figuras, el autor no solo sintetiza sus conocimientos sobre el Caribe colombiano, acumulados pacientemente durante décadas entre Barranquilla, Cartagena, Bogotá y Ciudad de México, sino que también formula algunas tesis historiográficas de gran calado, que colocan a este libro como un nuevo referente de la historia social latinoamericana.

Este libro es una historia compleja de aquellos grupos humanos denominados por el autor como “sectores no elitistas”, categoría que engloba no solo a los “sectores populares” o “gentes del común”, sino también a las capas medias de la afamada ciudad-puerto de Cartagena de Indias a finales del Virreinato y comienzos de la República. Casi como inevitable consecuencia, el producto de la investigación del profesor Solano es, en su elástica definición, un ejercicio de historia social, cultural y económica a ras de suelo, misma que, como es menester, se auxilia metodológicamente de procedimientos cualitativos y cuantitativos. En lo que a mí respecta, el libro se halla inscrito en la sólida línea de la historia económica y social colombiana al estilo de Germán Colmenares, misma que por desgracia ha contado con pocos continuadores, pero que, como se verá, conserva una potencia historiográfica revivificante.

A partir de la descripción de la ciudad, de sus habitantes y de sus sistemas defensivos, Solano se ocupa de los comerciantes, esclavos, presos forzados y trabajadores libres de Cartagena; se detiene en las inversiones en mano de obra, salarios y jornales; evalúa los avatares del abasto y las fluctuaciones de los precios; analiza las condiciones de vida de las familias trabajadoras y finalmente efectúa pequeños ejercicios de síntesis en torno a la conjunción de las variables raza, trabajo y estilo de vida centrándose en el caso de los artesanos pardos y morenos partícipes de la actividad miliciana.

En cuanto a los fundamentos historiográficos, teóricos y metodológicos del libro, quisiera detenerme en cinco puntos críticos fundamentales. En primer lugar, Solano sostiene que el estudio riguroso de los trabajadores del apostadero de la marina, de las fortificaciones defensivas o de la Real Fábrica de Cigarros, demanda un estudio microscópico, denso y detallado de tales actores a partir del absoluto despojo de ideas preconcebidas en torno a lo popular, así como una obsesión con el análisis de variantes como el estatus sociorracial, el estilo de vida, las ocupaciones u oficios, las relaciones con otros segmentos sociales, etcétera. Aunque es insoslayable contar, diseccionar y descomponer casi de manera compulsiva a la gente del común, Solano parece ser plenamente consciente, al igual que E.P. Thompson, de que las cifras en las sociedades pre-estadísticas —valga decir, pre-industriales— no son más que “estimaciones impresionistas”.

En segundo término, según nuestro autor, también es necesario distanciarse de los estudios históricos centrados en la raza —rémora del subalternismo indio—, que han homogeneizado a los sectores populares y a las clases medias, impidiendo explicar a los grupos que los componían y establecer las diferencias entre ellos. Para observar dichos matices, es fundamental detenerse en el mundo del trabajo, pues fue gracias al ejercicio de ciertos oficios y al disfrute de ciertos salarios que algunas personas del común pudieron mejorar sus condiciones materiales de existencia, aspirar al reconocimiento social y buscar la igualdad ante los blancos investidos con títulos, donativos y prebendas reales. Ello queda ejemplificado no solo el caso límite de Pedro Romero, tipo ideal de un poderoso artesano-miliciano de sangre mezclada, sino también en el de las demandas de pardas y mulatas distinguidas que pretendían vestir con el boato propio de las damas blancas. Por ello Solano critica el “reduccionismo” de cierta historiografía precedente, incapaz de comprender el

funcionamiento de los resortes del blanqueamiento como un importante vehículo de ascenso, diferenciación y movilidad social.

Como tercer punto, el autor también señala las carencias historiográficas en torno a la historia del trabajo y los trabajadores anterior a 1750, lo que dificulta los análisis comparativos e impide tener imágenes tanto generales como particulares del mundo popular. Esto resulta particularmente grave, pues las jerarquías inter e intraestamentales solían ser bastante acusadas en la sociedad corporativa virreinal. Entre un maestro artesano y un trabajador no calificado podía mediar un abismo no solo en términos materiales sino también simbólicos. Solano señala que el trabajo preindustrial era mucho más complejo, formal y organizado de lo que se ha supuesto hasta ahora, más allá de la existencia o no de las organizaciones gremiales.

En cuarto lugar, Solano denuncia el silencio cómplice de una historiografía que cuando no ignoró descaradamente a las mujeres de los sectores populares, las representó como simples contribuyentes a la economía doméstica y no como sujetos productivos activos, muchas veces cabezas de familia en una sociedad con altas tasas de ilegitimidad; me refiero a las comerciantes, las lavanderas, las pulperas, las vivanderas, etcétera. El autor otorga muchísima importancia a las operarias de la Real Fábrica de Tabacos de Cartagena, destacando que dicho local fue uno de los contados experimentos exitosos de incorporación de las mujeres al mundo laboral extradoméstico, mérito suficiente para ser objeto de estudios más profundos y detallados.

En quinto y último término, uno de los problemas más considerables para el autor es la tortuosa renovación de la historiografía profesional cartagenera, plétórica de afirmaciones generalizantes, descripciones no-densas, especulaciones impresionistas y suposiciones ligeras, todas ellas con escaso o nulo sustento empírico. El Bicentenario de la Independencia de Colombia, a causa de lo que Cartagena representa en el marco de dicho proceso, terminó produciendo estudios superficiales y precarios, “provistos de botas de siete leguas” que no temen saltar por encima de la realidad histórica de la ciudad. Un claro ejemplo de estas caracterizaciones es que, si bien Cartagena fue una sociedad esclavista del calibre de Popayán, ya para mediados del siglo XVIII, inicio de una época de bonanza y estabilización de los jornales que alcanzó su pico en las décadas de los setenta y ochenta, predominaba la población de todos los colores y el trabajo libre y asalariado. Producto del déficit fiscal resultante de la guerra contra los británicos, esta modalidad fue rápidamente desplazada por el trabajo penado: puede afirmarse que, en el contexto hispanoamericano de aquel entonces, el empleo de regular de presos en las obras públicas era síntoma inequívoco de una crisis social y económica galopante.

El principal argumento del autor, que en mi particular consideración constituye una tesis de gran envergadura, es que las condiciones de vida del pueblo trabajador de Cartagena de Indias sufrieron una evidente depauperación con el agotamiento del régimen virreinal. El siglo XVIII dejó como legado un evidente encarecimiento del costo de vida, un estancamiento de los salarios y los jornales, y la marcada contracción de la oferta de trabajo en torno a la defensa imperial, empresa desatendida en medio de la crisis sistémica del Imperio hispánico. Esta crisis humana fue secularmente ignorada por la historiografía de la independencia que, como bien sabemos, se centró casi enteramente en la dimensión política del periodo y menospreció la social.

A propósito de lo anterior, quisiera detenerme en el capítulo 6, “Condiciones de vida de las familias trabajadoras”, mismo que es a la vez la médula del libro, una cátedra de método y un gozne entre las muy diversas materias que lo componen. El profesor Solano, apoyado en el modelo de la ratio de bienestar de Robert Allen, aduce que la tendencia al desmejoramiento de las condiciones de vida de las familias trabajadoras, compartida por la generalidad del mundo hispanoamericano, data de la década de 1790, época signada por la reducción de la demanda laboral, el encarecimiento

del abasto y el estancamiento de los jornales en una ciudad que no era autosuficiente y que dependía de la producción de su *hinterland* agrario y ganadero. Este último estaba fatalmente ligado tanto a los avatares climáticos como a los aviesos intereses de los comerciantes y ganaderos, aquellas “langostas de la república” que especulaban constantemente con los precios de los alimentos.

Con respecto a los mecanismos de diferenciación social, Solano comulga con las concepciones populares del honor postuladas para el caso chileno por Verónica Undurraga. Argumenta que los sectores en proceso de movilidad social ascendente se refugiaron en los criterios de la buena reputación y vida virtuosa para equiparar las diferencias de nacimiento con respecto a los blancos. Es así como los pardos considerados altaneros, altivos y orgullosos buscaron equiparar esa prosapia a partir del desempeño en oficios cruciales para la Corona (como las obras de defensa) y del servicio miliciano, principal motor de movilidad social para el artesanado cartagenero.

En síntesis, una de las principales aportaciones de Solano es develar de qué manera la economía de guerra del Imperio español generó los espacios de movilidad social para blancos pobres y libres de color ejercitantes de oficios manuales. Historiográficamente, la exploración de los vínculos profundos entre artesanado y milicias es una de las mayores contribuciones de este libro. Vistos sus sólidos fundamentos heurísticos, metodológicos y teóricos, estamos sin duda alguna ante una obra de referencia destinada a los especialistas de la historia social y económica hispanoamericana.